

El destino de la idea

León Trotsky

6 de agosto de 1916

(Versión al castellano desde “Le sort de l’idée”, en L. Trotsky, *La guerre et la révolution*, Tomo Primero, Editions Tête de Feuilles, París, 1974, páginas 136-138; publicado por primera vez en *Nache Slovo*, 6 de agosto de 1916, después en las *Obras* de Trotsky, Ediciones del Estado, Moscú-Leningrado, 1922)

El artículo de fondo de nuestro periódico (“Dos años”, *Nache Slovo*, número 179)¹, sólo con su título ilustra ya la situación en la que nos han sumido dos años de guerra. Gracias a las pocas frases escatimadas por el censor, nuestros lectores se han enterado de: 1º los resultados de dos años de hostilidades, 2º la situación interna de los países beligerantes. La conclusión que salta a la vista es que ya no se puede hablar de los resultados de la “guerra” con libertad cuando se contempla la situación “interna” de las naciones en guerra.

Se puede hablar más libremente de las conclusiones “morales, espirituales”, del destino de esas conclusiones cuyos jeroglíficos decoraban las banderas en la primera parte de la guerra. A este respecto, la prensa reaccionaria y monárquica francesa goza de suficiente libertad.

Monsieur Jacques Bainville, de *L’Action Française*, recientemente encargado de una misión diplomática, pero no oficial, en Rusia, dibuja con mano firme estas líneas en las que aparece una nueva consigna “espiritual”:

“En este segundo año de guerra, constatamos que se ha producido una ordenación de las ideas. Algunas de ellas han sido rechazadas, y han muerto de muerte natural.” Así, hace sólo seis meses, Lloyd George declaró: “Esta guerra es nuestra, es la guerra de las democracias”, lo cual no es discutible si se hace caso omiso de Nicolás II, Jorge V, Alberto I, Víctor-Emmanuel III y otras cabezas coronadas. Pero el sentido común y el juicio de la historia están listos para responder: “Si la democracia conduce a la guerra de esta manera, nadie la felicitará, porque con sus poderosos aliados y reuniendo más de trescientos millones de hombres, no puede asestar golpes decisivos a sus dos grandes adversarios que sólo cuentan con 150 millones de almas.”

Nuestro escritor continúa, “se habla de la guerra de las democracias”. Poco a poco la expresión está desapareciendo del diccionario, y esto es un progreso innegable. La democracia como principio revolucionario de la guerra está, junto con otras muchas cosas, siendo engullida por el Minotauro. No es necesario relatar con más detalle cómo el monstruo está devorando sucesivamente las garantías democráticas; ¡ahora está masticando los últimos restos de los derechos de los refugiados! “Hemos visto”, continúa Bainville, “que las fórmulas mal utilizadas han caído en desuso. Por ejemplo, tomemos la expresión tan utilizada: la guerra contra el militarismo prusiano. ¿Qué significa? Tonterías, responden los alemanes, y no están del todo equivocados. Pero sabemos muy bien lo que es Prusia. Si el destino de las armas lo permite, hay que destruir el Reino de Prusia y el Imperio Alemán... Pero destruir el militarismo prusiano es intentar echar sal en la cola de un pájaro... Los aliados podrán jugar a ese jueguito durante mucho tiempo... Desmembrar Alemania es otra cosa. Es un problema que puede resolverse algún día, pero es real; no es del dominio de lo fantástico.”

El tercer punto de estas conclusiones, continúa Bainville, es que el “principio de las nacionalidades pasa a un segundo plano”. La política ya lo trató con recelo, el arte

¹ Ver en esta misma serie de nuestras EIS: “[Dos años. Europa entra en su tercer año de guerra](#)”.

oratorio de la política se aleja ahora de él. Todo el mundo se ha dado cuenta del peligro que representa esta arma de doble filo, una herencia desastrosa del siglo pasado...”

Pero Bainville no se detiene ahí: “Hay que renunciar también a una idea que conduce a una peligrosa confusión, nacida también en el siglo pasado y que engañó a los contemporáneos de aquella época, es decir, de 1792. Desapareció durante el terrible levantamiento de 1870 y ha reaparecido bajo los golpes de la realidad. Ya nadie cree en la guerra de propaganda. Nadie concibe que el enemigo nos arrebate el don de los principios inmortales. Este ‘romanticismo revolucionario’ ha muerto (expresión de Briand). Incluso los socialistas alemanes del tinte más radical (como el *Leipziger Volkszeitung*) han respondido que no quieren una libertad traída a punta de bayonetas. Esta concepción debe vestirse de luto.”

La postura crítica del escritor monárquico se distingue por una indudable perspicacia, al menos en lo que respecta a los intereses políticos de su partido. En el segundo año de la guerra, ninguno de los socialistas “oficiales” ha hablado del “destino de la idea”. Cumplían su función: para algunos, eran el arma de la traición, para otros, representaban el apaciguamiento de su propia conciencia en períodos críticos. Pero ahora el acuerdo está hecho, las posiciones están tomadas y hay que asumir el peso de las consecuencias. Las ideas ilusorias ya no son necesarias y quienes las sembraron se alejan en silencio. Pero esto es lo que la reacción no quiere admitir... ¡no sólo la reacción monárquica!

Le interesa mostrar que donde estaban estas ideas, hay un lugar vacío que debe llenar con la religión, la autoridad y la tradición. No se puede luchar contra la reacción oponiéndole un espacio vacío o un “rictus” voltariano como hacen *Bonnet Rouge*, etc... ¡Hay que oponer a la reacción “negra” las ideas que han pasado la prueba, apoyadas en la experiencia de dos años de guerra, ¡las del socialismo revolucionario!

Edicions Internacionals Sedov

Serie: Trotsky inédito en internet y en castellano



germinal_1917@yahoo.es